

Cosmopolitismo y universalidad.

3-26

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 5 mayo 1908).

Reproducido
en "Temas"
argentinos,
B. Aires 1963

COSMOPOLITISMO Y UNIVERSALIDAD

(Para LA NACION)

SALAMANCA, abril de 1908.

A un portefeño cosmopolita.

Dispéñeme, señor mío, pero creo que si hemos de ponernos alguna vez de acuerdo—lo cual, por otra parte, maldita la falta que hace—hemos de empezar por dar el mismo valor los dos á cada uno de los términos que usemos; hemos de hablar la misma lengua.

Me habla usted mucho en su carta de cosmopolitismo y espíritu cosmopolita y me parece que los confunde usted con la universalidad y el espíritu universal. Y como yo estoy cada vez más convencido de que si no son cosas opuestas son por lo menos muy distintas y hasta divergentes, quiero que las aclaremos.

Usted parece desconfiar el patriotismo y el espíritu patriótico cual si fuesen sentimientos que nos apartan de la universalidad é impiden la perfecta hermandad humana de los pueblos, y yo opino todo lo contrario creyendo como creo que es el amor patrio el antecedente y preparativo obligado del amor general humano. Es muy cómodo declararse amante de la humanidad en general para despreciar ú odiar á nuestros más próximos hermanos. Me atengo al «ama á tu prójimo como á ti mismo», y no al «ama á la humanidad».

Cosmopolitismo, usted lo sabe bien, viene de cosmopolis que equivale á ciudad-mundo ó como hoy se diría ciudad mundial, y son cosmopolis aquellas ciudades en que vienen á juntarse, como en colmena de egoísmos y de vanidades, gentes de todas partes que no se conocían antes de allí juntarse.

Por supuesto debajo de estas cosmopolis, de estas ciudades de aluvión y azar, hay siempre un pueblo con raíces de tradición más ó menos larga. En París, v. gr. dechado de ciudades cosmopolitas en ciertos respectos hay por debajo de la espuma de aventureros, vagabundos y gozadores ó explotadores de la vida que en él concurren un pueblo genuinamente parisiense, fortísimamente tradicionalista y conservador, y que trabaja muy de firme.

Voy á fijarme en el orden de la literatura y al hacerlo así no es, señor mío, que dé á este orden de la actividad humana más importancia que á los demás, no. Lejos de mí tanta impertinencia en que tan fácilmente caen los hombres de letras. No estimo que las letras sean más importantes para el progreso humano que la industria, el comercio, la política etc. sino que como es lo que conozco algo me sirvo preferentemente de esa actividad cuando quiero ejemplificar más doctrinas. Y por eso me voy á servir ahora de ella.

Hay una cosa que podemos llamar literatura cosmopolita y que está muy lejos de ser universal. No son los autores que más pronto se traducen á otras lenguas ni aquellos cuyos nombres más pronto pa-

RECOGIDO EN "LIBROS Y de aquello" tom. V

O. Complotas
tomo VIII



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES

3-24



san las fronteras ni los que más espíritu de universalidad muestran ni aun los que más han de difundirse á la larga.

Hay entre un buen número de publicistas—sobre todo si son de esos que á sí mismos se decoran con el pomposo nombre de sociólogos—una especie de masonería internacional. Internacional, entiéndalo usted bien, internacional y no subnacional ó universal. Se citan y comentan y traducen, los unos á los otros, formando lo que Guerra Junqueiro llama el «cabotinisme» literario universal.

A nuestros camellos españoles, á nuestros Pérez y López y Fernández, corresponden unos camellos franceses, italianos, alemanes, unos señores que allí hacen lo mismo que éstos aquí. Son por lo general personas muy laboriosas y que representan lo que se ha llamado la corriente central del pensamiento contemporáneo. Son incapaces de paradojas.

Suelen formar bibliotecas—nueva biblioteca sociológica, serie de sociología moderna, biblioteca moderna de ciencias sociales etc., etc.—y figuran en todas ellas.

La manera de acrecentar una de estas bibliotecas es facilísima así que tiene veinte ó treinta volúmenes. De los veinte, cotejándolos y extractándolos se obtiene uno más y luego de estos veintiuno el veintidós y así sucesivamente. Con que cada autor aporte una página relativamente nueva en un tomo de 300 es lo bastante. Ya sabe usted la enorme, la indefinida serie de combinaciones que caben con las cuarenta cartas de la baraja.

Y luego arman congresos, en los que leen memorias y se banquetean unos á otros, y dan conferencias y meten un ruido que no trasciende á la calle.

Hay ocasiones en que un sabio de éstos paga al editor de una de esas flamantes bibliotecas para que traduzca su libro y figure en ella.

Aquí tiene usted una forma de cosmopolitismo y sin embargo una de las más lejanas de la verdadera universalidad.

No cabe duda de que uno de los modos más seguros y más duraderos de universalizarse es rebasar de la propia patria por haberla henchido ó colmado. Generalmente sale de un país antes que el nombre de aquel que representa y expresa lo más arraigado, es decir, lo más universal, lo más humano del pensar y el sentir del país ese, el nombre de aquel otro que da lo que flota sin raíces en la atmósfera. Pero eso dura menos. Es la moda de la temporada.

Una vez más tengo que repetirlo, y aun pienso que no sea la última vez; cuanto más de su país y más de su tiempo sea un escritor es más de los países y de los tiempos todos.

Entre las obras literarias eternas y universales son mayoría las que fueron dictadas por pasiones de lugar y de momento, las que se escribieron para dar desahogo á sentimientos encerrados, al parecer, en un país y en una época. Un hombre genial puede escribir una obra de historia universal y secular sin más que contar los chismes y sencillas y sucesos de la aldea en que vive.

Esa especie de masonería internacional de publicistas del acervo común de la temporada, no es más que una liga de la me-



3-24



diocridad...
He tenido una especie de manía de aprender lenguas y un decidido empeño de explorar literaturas extranjeras, y en esta tarea me ha guiado siempre un principio de método cual es el de hacer poco caso de aquellos á quienes se traduce desde luego y buscar más bien los que á juicio de sus compatriotas son más castizos y genuinos representantes de su pueblo. Y así, luego que pude leer inglés, me apresuré á leer á Wordsworth antes que á Byron. Esto es, sin duda, más cosmopolita, pero aquél me parece más universal.

Si ese libro que usted, señor mío, me dice está preparando, lo escribe, como del espíritu de su carta y leyendo entre líneas de ella parece desprenderse, puesta la vista en que le sea luego traducido por lo menos al francés, desde ahora le auguro que su libro va á perder en univer-

salidad todo lo que gane en cosmopolitismo.

Me dice usted que no siente el patriotismo y ni la historia, y las costumbres, y los paisajes, y las tradiciones, y los sentimientos generales de su patria le inspiran á usted cosa alguna. Lo siento por usted y por su obra.

Todo lo que contra la patria y el patriotismo me dice no pasa de ser, permítame que se lo diga, el contón de vulgaridades superficiales de puro abstractas que contra de libro en libro.

Eso de encenderse en amor á la humanidad es, se lo repito, el medio más común para descontentarse de cada hombre en particular. Ese hombre abstracto, al que nos dicen debemos amor, no pasa de ser el bipedo implume de Platón, ó el contratante social de Rousseau, es decir, un puro ente de razón.

Usted estima que el amor á la humanidad debe borrar el amor á la patria y á la familia. ¿Y por qué el amor al universo todo no ha de borrar el amor á la humanidad? Vaya usted ensanchando el campo de ese amor, y éste irá disminuyendo y convirtiéndose de un sentimiento en una pura idea, pues el amor, como la fuerza atractiva de los planetas, y como el calor y la luz va disminuyendo según se extiende á más área, no sé si á razón del cuadrado de la distancia ó á otra razón cualquiera.

Y se observa muy á menudo que ese ensanchamiento del afecto no es más que una manera solapada y ambiciosa de concentrarlo en sí. Del universo todo se pasa al yo. Los grandes humanitarios con humanitarismo abstracto son los más grandes egoístas. Se presentan no pocas ocasiones de sacrificarse por la familia, menos aun de sacrificarse por la patria, menos aun de sacrificarse por el linaje humano todo y no sé que se presente ocasión alguna de poder sacrificarse uno en bien de nuestro sistema planetario.

Dios es el término en que suele encerrarse la concepción del universo todo concebido como algo vivo y consciente, capaz de amar y de ser amado, Dios es una especie de personificación del todo. Y vea usted á qué se reduce sacrificar á Dios, no ya la familia y la patria, sino la humanidad toda. Cuando uno dice que deja fa-



9
3-24
Cosmopolitismo y
universalidad

millia, patria y sociedad para servir á Dios, es que lo deja todo para servirse á sí mismo; Dios es él. Y cuando nos asegura que Dios nos dice algo por su boca hemos de entender que es él quien nos lo dice, poniéndolo en boca de Dios.

Si alguna vez, señor mío, sale usted de esa su patria y va á la de otros, fuese siempre más de los más patriotas y menos cosmopolizantes. Hallará en aquellos más hospitalidad y hospitalidad más cordial, se lo aseguro. Y como, además, ellos sienten su patriotismo, comprenderán el de usted.

Y lo que desde luego le aseguro es que no hay espectáculo que más me entristezca y más me deprima el ánimo que encontrarme con uno de esos sujetos que sienten vergüenza de su patria y andan ocultándola. De los cuales he conocido algunos. Conoció uno que poco menos que pedía perdón de haber nacido y haberse criado donde nació y se crió.

Y luego, créame, en esa cosmópolis, donde usted parece aspirar á crearse un nombre y una reputación nunca le tomarán á usted en serio. Llegarán, tal vez, á colmarle de fáciles elogios, tanto más fáciles cuanto menos le entiendan á usted, podrá ser algún tiempo objeto de curiosidad, como una rara ave tropical ó un insecto prodigioso, pero en el fondo le desdenarán á usted. Saldrá lo de rastacuero, y si usted no lo oye, no por eso dejará de decirlo á sus espaldas. Pues tales son los encantos del cosmopolitismo.

Déjese usted, pues, de todas esas cosas y cultive su huerto, que si usted consigue criar en él frutas jugosas y exquisitas, ellas correrán mundo. Y cultive las frutas que esa huerto, según su tierra y su cielo da. Porque, todo lo demás, es cultivo de estufa.

En cosmópolis se dan también espíritus robustos, personales, y por personales con fondo de universalidad perenne, pero esos espíritus aunque viven en cosmópolis no viven cosmopolitamente. Lo cosmopolita es una espuma recogida de todos los extremos de la rosa de los vientos y batida á todos éstos. Es una población flotante que corre desalada tras de la diversión y el deporte buscando el que no les quede tiempo para odiarse los unos á los otros. Porque si se dijo que la naturaleza tiene horror al vacío, lo cierto es que el espíritu humano le tiene también; tiene horror al aburrimiento y para no aburrirse, ó se aturde divirtiéndose, ó mejor dicho, tratando de divertirse, ó odia. Y cuando se censura á ciertas clases sociales porque apenas parecen tener otra preocupación que la del deporte, y se fulminan anatemas contra esa terrible casta de los «sportsmen» que fatigan la tierra con sus automóviles, sue-lo pensar que es mejor eso, pues de obligarlos á no divertirse se darían á odiar.

Si cogiendo á un centenar de esos sujetos, más ó menos cosmopolitas, sin hogar ni patria, cuya vida es jugar, viajar, no por amor á todos los lugares, sino por aversión á cada uno de ellos—pues el que viaja demasiado, más que conocer lugares nuevos, es que huye de aquel en que está—cazar, divertirse, etc., les encerráramos juntos en un buque, obligándoles á pasarse en él tres años, acabarían por matarse unos á otros, los que antes no se suicidaran ó muriesen de rabia.

Si movense del pueblo en que usted está puede llegar á la más alta universalidad de espíritu. Nada de cosmópolis.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS USALES